

«Rostro de la cocinera» y razón del libro

Eliseo Diego

«**R**OSTRO DE LA COCINERA» DEBIÓ FORMAR PARTE DE *En la Calzada de Jesús del Monte*. sin embargo, sólo se publicó en el N^o 27 de la Revista *Orígenes*, correspondiente al año 1951. ¿Por qué?, me pregunto. Pertenece a la misma familia de textos de aquel libro, y según el testimonio de José Lezama Lima, no desmerece de los otros.

Una de dos: o formaba parte de *En la Calzada de Jesús del Monte* y fue deliberadamente excluido por mí; o fue escrito con posterioridad a la publicación del libro y apareció en la Revista como un intento de restituirlo a su lugar —cosa ya a todas luces imposible. *En la Calzada* corresponde a 1949, y el poema se publica dos años después, en 1951.

Sólo de una cosa tengo certeza: los símbolos ocultos en el personaje son esenciales a la estructura de mi niñez. La pequeña mujer, la taciturna señora de los calderos y potes y misterios de la cocina, reaparece en otros dos textos: como uno de los breves atisbos en prosa de *Versiones* (1970) bajo el título de «La Cocina»; y como poema en *Inventario de Asombros* (1982), donde se llama «Propio Nombre» —como si, desesperando de atraparla, quisiera yo conjurarla con el ensalmo de su nombre propio, pues la diminuta e irreductible hechicera se llamaba realmente «Inocencia». La anécdota que allí se sugiere sucedió en el todos-los-días de entonces, y fue para el niño que fui un golpe del que a todas luces aún no me he repuesto. Pequeña Gallega, amiga mía, yo te reintegro con pleno derecho a mi cariño. Más me diste que nos hurtaste, y después de todo lo hacías para salvar a tu único hijo de la guerra, puesto en Melilla en peligro de muerte. Sigue desde allá adentro irradiando tú los significados que nunca he acabado de entender.

Toda mi vida he pensado que cada verso contribuye a la significación total del poema, y que cada poema desempeña una función similar en el conjunto de un libro. Si bien este principio es aplicable a casi todos los textos incluidos en este libro, y excluidos por ello de los conjuntos a que estaban destinados, no me parece enteramente justo esgrimirlo en este caso. Lo mismo sucede con «Las Estampas», que debieron hallar su sitio en *Por los Extraños Pueblos*.

No hay otro remedio que aceptar un excesivo rigor para consigo mismos en los jóvenes a quienes se deben estas cosas, aparte de tildarlos de un tanto absurdos o quizás remilgados, y aparte, también, de los enigmas aún ocultos en la Cocinera. Los dos, quieran que no, están dentro de mí. Tiempo tuvieron para deshacerse del que, apenas un viejo, iba a enmendarles la plana.

Al más joven de los tres, el de *En la Calzada de Jesús del Monte*, que curiosamente goza de la simpatía de sus «contemporáneos» de hoy, daré un nuevo motivo de agravio. He dividido en estrofas lo que en principio concibió él como un texto compacto. ¿Quién tendrá la razón, él o yo? En fin, dicen que el diablo sabe más por viejo que por lo otro. Y mirándolo bien, es sólo una curiosidad que interesará a muy pocos.



Las consideraciones generales aquí expuestas son aplicables a todas las secciones del libro, excepto, quizás, una o dos. La de los textos escritos durante varios viajes, por ejemplo. No figuran en alguno de mis libros por demérito propio, sino porque sencillamente no había cabida para ellos. Siempre que la hubo, allí están. Véase, si se tienen las ganas, el libro titulado *Las vías de tu vida*. Allí encontrarán amigos y sitios familiares a muchos de mis bondadosos lectores.



Rostro de la cocinera

*Los pliegues espesos de la sombra
uno tras otro en el fogón descienden
atados con hilos de fanática llama.*

*Vuelve la cara contra el poniente rojo de los álamos
absorta en el frío furor de su roca
y el piadoso aroma de la madera y de los alimentos.*

*La obstinación de su vida en esta tarde
sobrepasa el aroma que dan la cebolla y el aceite
para ungir su pelo roto en la demencia de la ceniza.*

*Inmóvil entre brutales cacharros
acepta el homenaje que le ofrecen las cosas
en el húmedo silencio de esta tarde.*

*No son sus arrugas una escritura sacra
ni se resigna el derriscadero de su aliento
al esplendor de unos símbolos,*

pero en su anónimo rostro se rompe la magnífica marea del año.

Las estampas

*Sí la nostalgia está naciendo en el poniente
de las viejas estampas amarillas. Escucha:
la brisa entre las hojas del eucalipto ardiente
se despide, y la penumbra en el espejo es mucha.*

*La visión de la tarde caduca, del ciprés
mal hecho, del camino junto a los templos rotos
—y la joven que se hunde, morada, en el revés
del mundo, mientras buyen los pájaros remotos—*

*en la estancia que asombra la picuala, nos hiere
con un vago estupor. Otro imposible, ciego
rincón de flores que una violenta luz prefiere,
salta en la porcelana, devora como fuego*

*y se apaga de pronto con las nubes. ¿Quién mira,
desde qué sitio, los silenciosos paisajes
donde, abolido, el tiempo llueve su inmóvil ira?
Su nostalgia, llegándonos desde el pino salvaje,*

*nos va helando también los graves ornamentos
del reloj y de las sillas. Pero la estampa triste
de París en otoño, su casto movimiento,
como la dicha pobre, convence al fin, persiste.*